



**V**oluspa Jarpa tenía 27 años cuando se encontró con el hito que ha definido gran parte de su carrera. Era 1998 y llevaba años pintando al óleo. Le gustaba el ensimismamiento, esa soledad definida que le era imprescindible para crear frente al lienzo.

Pero se encontró con los archivos desclasificados de la CIA —Central de Inteligencia de Estados Unidos— que documentaban, con detalle, operaciones y decisiones estratégicas sobre nuestro país durante 30 años, en tiempos de la Guerra Fría. La mirada de esta artista conceptual, que ha hecho de la investigación y de la historia, una forma de vida y de creación, dio un giro en 360 grados. Mientras otras chilenas de su edad terminaban carreras universitarias, salían afuera a estudiar maestrías y doctorados, tenían hijos y vivían los primeros destellos de la adultez, Voluspa Jarpa se obsesionó. Ya no pudo volver la mirada hacia otro lado y, pronto,

Revisó muchos de los 22 mil documentos de la CIA. Aquí, con una de sus obras.

**“El éxito como dinero y fama no creo que exista. Creo que es una construcción falsa”.**

abandonó el aislamiento del caballete.

Su arte cambió.

En el libro que resume su obra, editado en 2018 para celebrar su exposición individual en el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires, MALBA —fue la primera chilena en 2016—, recuerda que la desclasificación de los archivos de la CIA, que terminaron por modificar su rumbo estético, se produjo “porque a Pinochet lo tomaron preso en Londres. La comunidad internacional presionó a los Estados Unidos, que decidió hacer la desclasificación chilena”. Seguirían otros países latinoamericanos, como Guatemala, Argentina, México, Brasil. En total, 22 mil documentos que se abrieron al público en el curso de tres años desde 1998. Pero leerlos no fue tan fácil, testimonia esta artista. Muchos presentaban grandes tachas negras y su información quedaba, así, vedada a los ojos. Para Voluspa Jarpa acceder a estos papeles y poder leerlos solo en parte fue un *shock*, en forma y fondo. Un *shock* que produjo ondas concéntricas durante muchos años en su creación y en su psiquis.

—Cambió, radicalmente. Fue importante cuando me encontré con los archivos, en 1998. Ya son 20 años desde la primera vez que los vi y también en términos de investigación y creación. Y 15 desde que aparecieron mis primeras obras. Les he dedicado veinte años de mi vida, con algunos paréntesis.

No solo leyó los de Chile. Cuando la operación de desclasificación estuvo avanzada, se pudo recolectar información de inteligencia sobre catorce naciones del mundo entre 1948 y 1994.

Ahora, mientras camina con madurez hacia los 50, Voluspa dice que leer hasta altas horas de la noche cada línea le abrió los ojos. Se encontró con la censura.

—La tacha es lo que hace posible estas desclasificaciones, una contradicción súper conceptual. Pero las tachas no son cualquier cosa: cada una tiene un código al lado, que dice B5, B2, B1. Una pequeña nomenclatura al lado, a veces a mano. Es el motivo por el cual se tacha.

—¿Y usted cómo lo supo?

—Porque está establecido. Esto tiene que ver con la Quinta Enmienda, con el acceso a la libertad de información. Cuando ves la tacha y ves su código, tú dices: “Esto obedece a que la operación está activa”, por ejemplo. O a que las personas que ahí aparecen citadas están vivas y siguen implicadas. Son temas de seguridad nacional de Estados Unidos.

La avalancha de información le dio tristeza; después rabia. “Pensé en todos los años en que Chile discutía. Yo soy de una generación de transición; estudié en democracia la universidad acá. Y todo lo que la gente ha discutido sobre las cosas que pasaron o no pasaron, y toda la rabia que eso produce, y el desencuentro que eso produce... ¡Y que en estos archivos estuviera esa información o borrada o establecida, era un poco colonial...! Te daba una dimensión de lo colonial”.

No es casualidad que Jarpa se haya fijado en los archivos. Desde siempre, recuerda, desde que debutó en su infancia y adolescencia un poco errantes —dejó Chile con su familia a los seis años porque su padre ingeniero, trabajaba para Odebrecht en Santos y Sao Paulo, des-